

con sus latentes facultades y que, ciertas circunstancias cumplidas, habian despertado maes ro al que no habia sido discípulo en la materia que enseñaba.

Cuando Gonzalez dejaba las fronteras de su patria dejó en suspenso el ánimo de todo un pueblo, que entre temores y esperanzas sentia latir su corazon. El se iba á colocar en arriesgadísima circunstancia; una operacion desgraciada le habia hecho perder para siempre uno de sus ojos, y, resuelto, repedia á la ciencia oculística en extranjera tierra le concediera sus gracias y favores. Pidió luz para su pupila y la luz le fué dada; cesaron las sombras que encarcelaban la luz de su espíritu, y que atenaceaban su corazon con dolor intensísimo. Y ha sido este acontecimiento, notable por mil títulos, el que ha hecho tornar al Estado su benemérito hij ; á la juventud, su nobilísimo mentor; y á la humanidad doliente, su protector incansable.

El pueblo por espontáneos impulsos llena los afueras de la ciudad, sus calles y sus plazas, para recibir á uno de sus grandes y pacíficos ciudadanos. Su alegría no es aquella feroz alegría que enzalce á los que se exaltan sobre los demás, sin más méritos que el de ser afortunados matadores de sus semejantes. Tampoco aquella alegría que anima los mímicos gestos de la adulacion; Gonzalez no se recibe ni como á político militar, ni como á político diplomático; es él, únicamente el médico de un pueblo á quien el mismo pueblo muestra con su júbilo, sincero y profundo sentimiento de gratitud.

¡Feliz mil veces el pueblo que tiene en su seno hijos que le procuran orgullosa satisfaccion por sus virtudes. Más feliz, mil veces tambien, el hombre que, identificado con su pueblo, le merece todas sus respetuosas simpatías!.....

¡Bien venido sea!.....!

J. MARTINEZ ANCIRA.

I.

El regreso del Doctor Gonzalez.

Jamas habíamos sentido nuestra posicion de cronistas tan difícil para nuestra débil pluma. Al vuelo hemos recogido algunos datos á la manera con que lo hacen todos los *reporters*; pero nosotros no hemos podido tener para relatar el regrese del Dr. Gonzalez, esa frialdad habitual del que recoge datos y noticias sobre cosas ó personas, sin interesarse en ello más que la exigencia de una obligacion. Para nosotros, que hemos sido testigos oculares de lo que ha pasado al Dr. Gonzalez en su regreso á México, por actos inconscientes de nuestra voluntad, trasmitimos á nuestra pluma el tierno calor de las íntimas emociones que experimentara nuestro corazon en aquellos momentos.

El miércoles último, hallábase reunida muy temprano, en la margen derecha del Bravo, en Nuevo Laredo, la numerosa comitiva el dia anterior salida de esta capital para ir á llevar las felicitaciones de todas las clases sociales de Monterey al Benemérito Dr. José Eleuterio Gonzalez, al momento de volver á pisar el suelo patrio y para acompañarle hasta esta ciudad, donde se le preparaba la más espontánea y la más cordial ovacion.

*
*
*

Parecia que la naturaleza preparaba tambien sus galas, celebrando el feliz regreso del ilustre Mexicano que volvia á su patria.

Una vaporosa nube de azulada niebla cubría cual misterioso, trasparente velo, la pequeña población del otro lado del Bravo. Eran las seis y media de la mañana, cuando una ligera lancha se desprendía de la opuesta ribera, como salida de entre las gozas de aquella matinal neblina. El silencio de la naturaleza concordaba con el silencio de los tripulantes. En la ribera mexicana, permanecían en pie más de ciento cincuenta personas, en su mayor parte de esta capital, que silenciosas también y profundamente conmovidas, fijan sus miradas sobre aquella lancha, esperaban con inquietud vivísima el arribo al suyo mexicano de aquel que, protector y maestro, de aquel, que padre cariñoso, digamos así, ha podido enseñorearse de todos los corazones de esta frontera, siendo el objeto de las más sagradas y puras simpatías.

Apénas hiende la lancha las aguas mexicanas, cuando el acento de nuestro himno nacional, rompiendo el silencio de la naturaleza, lleva á los oídos del Dr. González los armoniosos concientos de la patria, que partícipe de su dicha, abre sus maternales brazos para recibirle. La música enmudece y también permanecen mudos todos los que allí presentes le esperaban. Pisó el suelo mexicano y el corazón solo pudo hablar con indecible ternura dirigiéndose á él, como se dirigieron todos, con los brazos abiertos y los ojos arrasados de lágrimas.

Jamás habíamos sentido esa vida de emociones íntimas con que el corazón endulza nuestra dolorosa existencia.

* * *

A momento seguido, después de haber recibido los cordiales abrazos de sus compatriotas, el Sr. Lic. Garza Ayala, en representación del Colegio de Abogados de esta ciudad, le dirigió un pequeño y elocuente discurso, con voz tan conmovida, que apenas le alcanzaron sus fuerzas para terminarlo.

El discurso es el siguiente:

Pláceme Sr. Dr. y en lo particular pláceme como al que más, haber tenido el encargo por los abogados, nuestros compañeros de profesión en Monterey, de venir á felicitaros, por vuestro, gracias para el Estado, regreso al seno de los nueveleoneses.

Ay! ¡Triste de aquel, á quien nunca fué dado ver la luz del lugar donde naciera! ¡Más triste aquel todavía, que perdiera la luz de los ojos, después de haber disfrutado de ella! Para los dos la creación oculta sus encantos: no tienen ya ni magnificencia los cielos, ni la catóptrica sus prodigiosos reflejos, ni asombrosas ilusiones la perspectiva, ni la mañana su arrebol, ni plácidos celages el ocaso: el uno sustituye al menos con bruscas impresiones del tacto, lo que alguno de la vista sana mirar pudiera; como si por el reverso viése un hermoso cuadro de Apeles, que allí presenta sombras de masas granuladas; el otro, aun velando, no alcanza á imaginarse el colorido, y solo en apacible sueño, á percibir llegará acaso, fugaces fantasmas de bellos colores; éste, más triste, vive soñando.

¡Ah! ¡Feliz aquel, que siempre goza de la luz primera, que alumbró su sér, viviendo y muriendo en ella! ¡Más feliz aquel, que como vos, Dr. querido, vuelve á mirar, privado una vez de la facultad de ver, cual afortunado mortal, que en su afán, recobra inmenso tesoro que le aconteció perder! Proseguir no puedo: ni el brillante ingenio del profundo Ovidio, ni su dulce y culta dición sentida, creo describir pudiesen un tan patético contraste.

Paréceme que con efusión activa, en los brazos estrechamos á un ilustre desterrado, que por fin pisa otra vez las arenas de la patria, y hasta la ocasión nos presta la agradable verosimilitud de agazajaros conmovidos en sus venerandos términos.

Para el hombre desterrado, huyen de la vista y le abandonan las montañas magestuosas, los frondosos bosques, los verdes prados, las alegres sementeras, todo el dilatado panorama delicioso de su país natal, con las imágenes de la juventud, los goces de la virilidad y el golpe escénico de visión simpática, y atónito, vagando en un vacío, sufre y se atormenta en él, sin admirar los paisajes, que ántes le deleitáran.

Como desterrado fuisteis vos, con dicha un breve tiempo, de nuestro mundo visible por decreto del S. A. del Universo, á quien sin duda así le plugo: entonces no visteis ni mirasteis la belleza de la floración y de las aves de México, ni el lujoso follaje de sus florestas, ni las excelsas crestas y variados picos de sus levantados montes: ninguna de tantas maravillas de la fecunda naturaleza impresionó vuestra vista, como si os hubiesen rechazado todas, cual

se alejan de un desterrado los amenos valle, y las soberbias sierras de la tierra de donde parte.

¿Quién no ha sentido, cuando ménos por narraciones, la penosa ansiedad del desterrado; su expansivo enternecimiento al ser restituido á la madre patria, la emoción sublime de sus compatriotas, que á las puertas de aquella lo reciben?

Con vos, caro Doctor, sentimos el supremo júbilo en que debéis rebozar, al tocar con planta segura este sagrado suelo, á donde la ciencia os devuelve, por ministerio del alto cielo, para beneficio de la doliente humanidad: con vos nos congratulamos, por el éxito fauto de las operaciones á que fuisteis sometido, para que vieseis y miráseis otra vez en nuestro planeta, la rica parte que á México tocara: os damos por ello el más cordial parabién y el más afectuoso testimonio de nuestra particular satisfacción.

*
* *

La comitiva se dirigía para el Hotel y cuando llegara á la plaza principal, la conmoción de los primeros instantes pasaba ya. De repente, una Señora sale al encuentro de la comitiva, precipítase en los brazos del Dr. Gonzalez, y vuelven á embargarse las palabras; volviendo á enmudecer los labios; aquella Señora era la noble y virtuosa Srta. Soledad Perez Maldonado, sobrina del Dr. Gonzalito. Inquieta por abrazar e trechamente á su querido tío, anticipó ese grato momento, cumpliendo así con una exigencia de su sensible corazón.

Llegaron al Hotel y allí recibió Gonzalitos los sinceros plácemes de las numerosas comisiones que habían emprendido expresamente el viaje, para cumplir el honroso cometido que se les había confiado.

A su vez, el Sr. Lic. Ramon Treviño, tomó la palabra, patentizando la noble conducta de los Señores Dr. Juan de Dios Treviño y Juan Rivero que acompañaron al Dr. Gonzalez, durante su reclusión en Nueva-York, teniendo, como tuvieron, para con él las más tiernas y filiales atenciones. Esta manifestación fué contestada por dicho Señores, de una manera cortez y caballerosa, asegurando no haber hecho más que lo que un noble deber les había exigido y como lo hubiera hecho cualquiera de los pre-

sentes, siendo una prueba de ello la espontánea manifestación de cariño con que todos lo habían recibido.

*
* *

Una atenta y personal invitación del Sr. José Palacio, representante, en Laredo, de la casa del Sr. D. Francisco Armendaiz, y aceptada por el Sr. Gonzalez, hizo que á las doce del día pasara á dicha casa, á donde fué obsequiado con un magnífico banquete. Entre las personas que lo acompañaron, fueron los Sres. Dres. Juan de Dios Treviño, Eusebio Rodriguez, Jesus Maria Argueta y Antonio Garcia; los Sres. Lics. Lázaro Garza Ayala, Ramon Treviño y Domingo Martinez; el Cónsul Español Sr. D. Valentin Rivero y su hijo Juan; el Superintendente general de la Compañía del Ferrocarril N. M., Sr. Gardner; el Sr. Louis W. Stevenson, agente de fletes y pasajes de la misma compañía; y los Sres. Santos Benavides, Pragedis Garcia y Ricardo M. Cellard.

Con viva pena manifestamos, que una bondadosa y anticipada invitación de un amigo nuestro nos impidió corresponder la que nos hicieron para tan agradable reunión.

Se nos informó, sin embargo, que había reinado allí extraordinaria alegría entre los concurrentes; que se pronunciaron animadísimos brindis, siendo en su mayor número conmovedores en extremo. Si mal no se nos informó, el brindis del Dr. Gonzalitos estuvo concebido en estos términos:

Hizo reminiscencias á su vida política y dijo que cuando había sido Gobernador del Estado de Nuevo-Leon, al hacer su visita oficial por todos los pueblos, había sido recibido con ruidosas fiestas y que en tales momentos no hubiera podido asegurar de la sinceridad de aquellas manifestaciones, por no poder fácilmente separar su individualidad de la del personaje político que representaba; pero que en esta ocasión, la duda no embargaba su ánimo y el goce que sentía era completo en su corazón; pues no siendo más que un anciano de 72 años, de quien nada se podía esperar ya, no teniendo carácter oficial alguno, le hacían recibir como sinceras todas las espontáneas ovaciones de que era objeto en aquel día, para él, el más grato de su existencia.

La fiesta fué amenizada con sonoras y variadas piezas que tocaba la orquesta, que tan hábilmente dirige el Sr. D. Epigmanio R. Melo.

* * *

En la noche, una alegre Serenata por la orquesta reunía, en la plaza de Nuevo Laredo, gran número de familias, haciéndolo más agradable el concurso de la música del 13, mandada ahí, por fina galantería del Teniente Coronel Fernandez.

* * *

Al día siguiente el Dr. Gonzalez y sus numerosos amigos, se hallaban en la Estacion del Ferrocarril y á las ocho en punto, partió el tren especial, con que, bondadosamente, la compañía obsequiaba al ilustre viajero y su comitiva. Como Mexicanos, no podemos ménos de manifestarnos agradecidos á esta deferencia de la compañía para con nuestro distinguido compatriota, lo que hará sin duda alguna, estrechar, e grandeciéndolos cada vez más, las simpatías del pueblo hácia ella.

* * *

Pasemos ahora á las impresiones del viaje: partido el tren de Laredo, despues de una hora, el Benemérito ciudadano pisaba ya tierra de su adoptivo Estado. ¡Cuántas emociones no se despertarian en su corazon! ¡Qué reflexiones no haría sobre este Estado, que le tiene por su benemérito hijo y á quien él habia consagrado con todas sus fuerzas todo su valor! Nosotros creemos que los recuerdos asaltaban en torbellino su imaginacion. La enfermedad de que adolecía le habia hecho vivir entre densas y negras sombras. Dos meses hacia precisamente que ciego, habia recorrido el mismo camino, y hoy, que ha podido ver el cielo azul de su Estado, sus campos, sus montañas, sus pueblos y sus hombres, ¡qué no habrá experimentado en su corazon!.....

El estridente silbido de la locomotora anunciaba la llegada del tren á Lampazos; la estacion estaba concurridísima; las autoridades de aquel lugar, las escuelas de niños y niñas; todas las familias principales; en fin, el pueblo todo que allí estaba reunido, le recibe con general aclamacion. Diez minutos debió haber permanecido el tren; pero deseosos de obsequiar á Gonzalitos, los que componian la pequeña orquesta del lugar, no obstante de ser ricientemente forzada, obsequiaron con las primicias de sus triun-

fos al muy querido Doctor. Esto motivó el retardo de diez minutos mas la partida del tien.

Principales personas de Lampazos, entre ellas el Alcalde r.º llevaron sus bondades al grado de aumentar la comitiva hasta Bu-tamante.

* * *

Bustamante, pre aró muy singularmente los honores de su recepcion. Un poco antes de llegar á la Estacion, levantábase sobre bio arco de triunfo, de exquisito gusto. Dos altas columnas sosteniendo un elegante capitel lo formaban. En él estaba esta grande inscripcion: "Bien venido sea el Benemérito de Nuevo Leon, C. Dr. José Eleuterio Gonzalez, mentor de la Juventud; y entre enlazadas coronas figuraban otras inscripciones alusivas, todas ellas á los hechos más notables de su vida. En el almacén de la Estacion, elegantemente adornado para el efecto y entre cuyos adornos descollaba el busto del Doctor, se le preparó un espléndido banquete, recibiendo allí en ocasion de brínds, algunas sentidas alocuciones, pronunciadas por los Sres. Lics. Francisco Valdés Gómez, Nicolás Berazaluze, los Sres. Dres. Abraham Buentello y Lorenzo Sepúlveda, Santos Benavides y el Presbítero Pedro de V. Lozano. Quisiéramos darlas á conocer todas; pero solo pudimos obtener la que hizo esto último, que con verdadera satisfaccion damos á conocer á nuestros lectores.

BENEMERITO DOCTOR:

Honrada yo por el Republicano Ayuntamiento de esta Municipalidad de Bustamante para dirigiros la palabra en este día glorioso de vuestra entrada triunfal al Estado de Nuevo Leon y á nuestra querida ciudad de Monterey, cumplo gustoso ésta, para mí, noble y sagrada mision.

Ayer, hondísimo pesar y amarga pena se apoderó de los corazones todos de los Neoleoneses, al saber el funesto resultado de la primera desgraciada operacion que sufristeis en vuestros ojos en la Capital de la República. Mas hoy, apenas el telégrama anunció la feliz nueva de que habíais recobrado la vista, cuando toda la ciudad de Monterey se estremeció de gozo, prorumpió en gritos de alegría, echó á vuelo las campanas de sus templos y se entregó, entusiasmada, á los más vivos trasportes de alborozo y de placer. Hoy, esa misma ciudad, empavesada y sonriente de ale-

gría os espera con los brazos abiertos para recibirnos como á Redentor de la humanidad doliente, padre de los pobres, protector y Maestro de la estudiosa juventud.

Nosotros, que admiramos vuestras virtudes y relevantes méritos, nosotros que hemos gustado también los frutos de vuestro saber y hemos sido varias veces el objeto de vuestros cuidados y desvelos, venimos hoy, agradecidos, á daros la más cumplida enhorabuena, porque gracias á la Providencia y á la habilidad y destreza del Sr. Knapp, no ménos que á los exquisitos cuidados y esmeradísima asistencia del Sr. D. Juan de Dios, quien os ha atendido con más cariño y esmero que si fuérais su propio padre, habeis recobrado el órgano de la vista, tan precioso como necesario, particularmente para vos, que vivís de la observacion y la lectura.

Mi querido y venerado maestro (permitidme que os dé este título tan grato y honroso para mí, pues tengo derecho á él, porque á vuestros piés y pendiente de vuestros lábios aprendí lo poco que sé de literatura y elocuencia sagrada) yo os felicito particularmente, con toda la efusion de mi alma; porque ya casi extinguida en vuestro pecho la esperanza de recobrar la vista os la devuelve el Hacedor Supremo por medio de la ciencia.

¡Ciudadano esclarecido! Egrégio Doctor! Benemérito del Estado! Honra y prez de las letras mexicanas! A nombre de las autoridades y habitantes todos de este Pueblo, yo os saludo! y elevo al cielo ferviente súplica, porque conserve incólume por largos años, vuestra preciosa existencia!—Dije.

La reunion fué animada, á extremo tal, que hasta los empleados del ferrocarril, de nacionalidad americana, manifestaron ser partícipes de aquella general simpatía, suplicando se les dejara adornar su locomotora, con la principal inscripcion de aquel arco y un número considerable de sus coronas. Concedióseles lo que pedian y así adornada siguió la locomotora su camino.

* *

Pocos minutos despues, el tren llegaba á Villaldama. Hubo también allí reunion numerosísima en la Estacion, compuesta de las clases del pueblo. La música empezó la recepcion. El niño Plácido Villareal de 12 años de edad, leyó la siguiente pequeña allocucion. Lo hizo con tal propiedad y maestría, que conmovido Gonzalitos, concluido que hubo la lectura, le arrebató el papel y

le beó la mano. Este noble rasgo del Dr. embelleció la fiesta, haciéndola más conmovedora.

SEÑORES:

CONDISCIPULOS:

El Estado de Nuevo Leon está de plácemes por habernos concedido el Hacedor del Universo la gracia de volver la vista al Benemérito Dr. José Eleuterio Gonzalez y por esto también venimos los humildes estudiantes de este pequeño pueblo, quizá el más humilde de nuestro Estado, á saludar y admirar al bienhechor de la humanidad, al Sabio y Benemérito Dr. Gonzalitos, a quien en su mayor parte se debe la ilustracion y cultura de esta parte de nuestra República; y si con la fama universal que goza, se pudiera explicar una parte del justo mérito á que es acreedor el Dr. y protector de la juventud, la admiracion seria completa.

Pero á tanta grandeza cualquier elogio es por demás: contentémonos queridos compañeros á regocijarnos con la presencia de tan ilustre personage, para llorar despues su ausencia y su decrepitud; pues, miradle, está muy viejecito; y, aunque su nombre sea inmortal, la humanidad necesita aprovechar los sábios consejos de su vida real.

A vosotros, señores, os toca la mision sublime de cuidar de él, como de un padre querido en los últimos años de su existencia; y sí, primero que alguno de los que estais presentes, baja al sepulcro, que viva siempre grabado en vuestra memoria el sacrosanto nombre del egregio Dr. José Eleuterio Gonzalez, como el primero de los géneos eminentes de nuestro Estado, que supo con su sabiduría dirigir por la senda escabrosa de la ciencia, á la mayor parte de los hijos de Nuevo Leon —Dije.

* *

Llególe su turno á Salinas Victoria, que no podia ser indiferente al general regocijo. Las niñas se habian preparado á cantar el Himno Nacional á la llegada del Dr., y así lo efectuaron. Todas ellas vestidas de blanco, adornadas con bandas tricolor; cantáronlo acompañadas de la música. El pueblo completó la manifestacion, con tiros de carabina, cohetes y vivas. Un anciano, Don Herculano Cantú, pronunció el siguiente discurso:

También el pueblo humilde de Salinas Victoria, se asocia gustosa y espontáneamente al regocijo general que inunda al siempre.

magnánimo, bravo, cuanto patriota Estado de Nuevo-León; ure sus cariñosos votos, bien merecidos por cierto, y os felicitad dignamente, benemérito Dr., por la recuperacion de vuestra importantísima salud que aplauden estrepitosamente desde los pueblos más limanos, los hijos del Estado, nuestros hermanos, y la celebran con tanta razon, cuanto que ella en todas ocasiones le ha evitado mil dolores y prodigado diferentes beneficios de distintos géneros; por eso vé con gran placer vuestro feliz arribo del extranjero y os vueve á felicitar con toda la efusion de su alma. Celoso el de Salinas, de que se cumplan sus sanos deseos, ha concurrido en tropel, se ha allegado en masa á este Diócesis, á demostrar por medio de su primera autoridad y su respetable cuerpo de muricipes que os tiene en la mayor estima restame sólo, C. Benemérito, hacer mío en lo particular, el tosco relato de que me ocupo, y permitirme, en estos críticos y muy solemnes momentos, la libertad, á nombre de todo el pueblo de nuestro querido Estado, de saludaros dignamente, valiéndome de aquellas palabras con que los habitantes de la primera ciudad del mundo, recibian al César cuando entraba triunfante á Roma: *vuestra salud es nuestra salud*:

*
**

Antes de su llegada á Monterey, el tren tuvo que detenerse algunos momentos en la Estacion de Ramon Treviño, donde lo esperaban numerosas personas de la Villa de San Nicolás de los Garzas.

Véamos que hizo Monterey por su parte, ayer, en espera del arribo del Doctor Gonzalez. Cerró el comercio sus puertas y como citadas á hora fija todas las clases de la ciudad se trasportaron en masa á la Estacion. La calle por donde se dijo debía entrar, parecia un hormiguero desde las dos de la tarde. No se hallaba en el centro de la poblacion ni uno solo de los coches de plaza, ni uno de los particulares; pues habian sido enviados para recibir la comitiva. La plaza de Zaragoza estaba completamente llena. Los niños de las escuelas habian acudido allí con gallardetes tricolors, formando una valla en sus anchas banquetas, partiendo del término de la via urbana, hasta el átrio de Catedral.

El silbido de la locomotora fué contestando por el eco de las montañas y un repique á vuelo en todas las Iglesias dijo á la ciudad, que el Dr. Gonzalez pisaba la Estacion. La Empresa del Ferrocarril Urbano, habia preparado bondadosamente todos sus carros para la recepcion, los que estaban con exquisito gusto adornados; las banderas Americana y Mexicana, entrelazadas forman-

do cuadros simbólicos de amistad. Frente á la oficina de la compañía se levantó un arco de triunfo, adornado con laurel y símbolos semejantes á los de los carros. La concurrencia era inmensa; hasta sobre los carros habia multitud de personas lo mismo que sobre la plataforma de la Estacion. Varias músicas hacian oír sus agradables sonos, exaltando extraordinariamente el entusiasmo de la concurrencia.

La comitiva montó en los coches del Urbano, detenidos frecuentemente en su marcha por la multitud que procuraba aproximarse al carro donde iba el Doctor.

Los alumnos del Colegio Civil le prepararon una ovacion en la plaza del mismo nombre, pronunciándose allí divertidas alocuciones.

En representacion de los presos de la ciudad, el joven Lic. Eugenio F. Castillon, leyó el siguiente discurso:

BENEMÉRITO DOCTOR:

Ya desde que hacia mis estudios de Jurisprudencia empezaba á patrocinar infelices á quienes la miseria ó la fatalidad habia hecho cometer un delito y hundiése en el calabozo de una prision. Esto me hizo ser medianamente conocido de algunos de esos pobres hombres,

Apénas obtuve el título de Abogado á que aspiraba, cuando el Supremo Gobierno del Estado me honró nombrándome Defensor de pobres, y esta nueva circunstancia me acercó por deber, á esa clase desdichada, que vegeta en las prisiones, lo que me puso en condicion de ser más conocido de ella que en los dias de los estudios escolares.

Hoy abrigo por los infortunados reos verdadera simpatía, en fuerza de contemplar sus pesares, como abrigo el médico cariño por sus enfermos, siendo, como es, testigo de sus dolores tambien.

Tales motivos quizá, hicieron que individuos aprisionados en la Cárcel pública de esta capital, me dirigieran atenta súplica para que viniera á daros la bienvenida, así como á felicitaros por el buen éxito de la dolorosa y delicadísima operacion que en los ojos sufristeis, estando en la ciudad de Nueva York, de la vecina República. Esos mismos motivos me impulsaron á gustoso aceptar esta honorífica encomienda de una clase por sus desdichas digna de ser escuchada en todos casos.

Extraña parece á, ilustre bienhechor de nuestro pueblo, la mi-

ción que t aigo, ya que por mi boca os hablan los infortunados seres, que, sepultados en los calabozos, ha tiempo son especie de cadáveres para la sociedad, sin que nadie piense en que esos seres puedan á semejanza de los hombres que disfrutan la amada libertad, tomar participio en una fiesta toda alegría, en una recepción motivada por la gratitud popular; pero ese asombro, tal extrañeza, desaparecen por completo desde el momento mismo en que brote el recuerdo de que en el interior de las prisiones existen hombres que tambien poseen un corazón agradecido.

No pueden, es verdad, venir á rendros justo homenaje de admiración y cariño, sin embargo de anhelarlo vivamente, porque no pueden salvar las murallas que rodean el tristísimo lugar de aislamiento donde sufren, alejados del mundo y separados de las personas que le son más queridas; pero en cambio, el espíritu de ellos viene conmigo, la voluntad de los individuos se unifica á mis palabras y á mis sentimientos, y su laudable deseo manifiéstase de la manera que les es dable.

Vengo, pues, en nombre de esa clase aprisionada á daros la más cordial bienvenida y á felicitaros por la prodigiosa curación, que os concedió el bien precioso é inestimable de volver á contemplar la indeficiente luz que nos alumbra. Recordad que vengo en nombre de una clase que, cesando por corto intervalo de llorar las penas que desgraciadamente la afligen, trueca sus lágrimas en alegría por la dulce satisfacción que experimenta al veros de nuevo, gozando de la inefable dicha de vivir rodeado del cariñoso pueblo que os quiere y que os adora con idolatría.

No tiene este acto la significación de mero halago, es el pago de la inmensa deuda de gratitud que con vos tiene pendiente esa clase desvalida, como tienen pendientes innumerables deudas de igual naturaleza todas y cada una de las clases sociales de Monterrey y del Estado entero.

Hacedme el alto honor de aceptar estos plácemes sinceros, enviados por almas, que si un día, en un acto propio de la fragilidad humana, pudieron mancharse al ir extraviadas del sendero del bien, no por ello desmerecen del concepto de agradecidas, para quien les ha prodigado grandes beneficios, sino que antes por el contrario, quieren de ello dar muestras patentes al hombre ilustre que honra la historia de Nuevo-León, al hombre que como vos, ha llevado una vida consagrada toda entera, al estudio y á la caridad.

Otra vez os suplico, Benemérito Doctor, os digneis aceptar la humilde ovación que os tributa la oscura y desdichada clase que me envía—EUGENIO F. CASTILLON.

Siguió la comitiva por el trayecto de la vía urbana, estando todas las calles por donde esta pasaba, perfectamente adornadas é iluminadas. Cuando llegó á la Plaza de Zaragoza, las descargas de fusilería, las aclamaciones del pueblo y el repique que aún no terminaba, llevaron el entusiasmo á su colmo. Gonzalez dejó el tren urbano y entre filas formadas por los niños de las escuelas, se dirigió á Catedral seguido de su comitiva, á donde á duras penas pudieron penetrar por hallarse la Iglesia desde las dos de la tarde completamente llena.

Transformóse el cuadro por completo, de una fiesta del mundo pasamos á una divina fiesta; comenzó el *Te Deum*. Un coro de virginales voces nos trasportó á las infinitas regiones de los cielos; de cuando en cuando alguna de estas voces sobresalía, como voz angelical sobre el suave acompañamiento del órgano. Profunda pena nos causa no especificar una á una, las Señoritas que cantaron los divinos coros, bástenos decir, y esto para nuestra satisfacción de reineros, que nuestras simpáticas paisanas, despues de haber dado una prueba de su grande cariño para Gonzalitos han patentizado una vez más su precoz talento en el divino arte.

El Dr. Gonzalez, que ha consagrado su vida entera al desarrollo en esta Sociedad, de la instrucción en general y de la ciencia médica en particular, habrá visto con indecible satisfacción los frutos de sus afanosas tareas de medico y maestro.

Generaciones que él mismo ha formado, en momento tan solemne de su vida, le hacia recibir como premio, la ovación más grande que recibir pudiera mortal alguno.

Dichoso él, que en el último tercio de su vida, le acompañan aun, y sin mengua de ningun género, los sentimientos de adhesión de un pueblo á quien ha honrado y de quien ha recibido merecido homenaje de extraordinaria, singular consideración.